



# PATRIMONIO Y CIUDADES

DE LAS CULTURAS  
DEL DESIERTO

**Leticia Peña Barrera**  
(coordinadora)

**Prólogo**

*Las voces que claman en el desierto*

Armando Flores Salazar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CIUDAD JUÁREZ

DR © Leticia Peña Barrera (por coordinación)  
© Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

© Universidad Autónoma de Ciudad Juárez  
Avenida Plutarco Elías Calles 1210  
Foviste Chamizal, CP 32310  
Ciudad Juárez, Chihuahua, México  
Tels. +52 (656) 688 2100 al 09

ISBN: 978-607-520-301-0

La edición, diseño y producción editorial de este documento estuvo a cargo de la Dirección General de Difusión Cultural y Divulgación Científica

Coordinación editorial:  
*Mayola Renova González*  
Cuidado editorial:  
*Subdirección de Publicaciones*  
Diseño de portada y diagramación:  
*Karla María Rascón*  
Fotografía de portada:  
*Leticia Peña Barrera*

Primera edición, 2018  
elibros.uacj.mx



# Índice

- Prólogo. Las voces que claman en el desierto  
Armando Flores Salazar 7
- Introducción 13

## I

### Patrimonio del desierto

- El legado patrimonial ubicado en los bordes del desierto potosino: Conjunto Religioso de San Pedro, Guadalcázar  
Alejandro I. Galván Arellano 21
- Análisis del estado de conservación y evaluación de la restauración en 1984 de la capilla de Santa María; Ramos Arizpe, Coahuila, México  
Isabel Rocío López de Juambelz / Ana Sofía Rodríguez Cepeda  
Miguel Ángel Sorroche Cuerva 41
- Riesgos actuales para la preservación de la infraestructura misional en la sierra Madre de la Tarahumara  
Isabel Ahgüe Vázquez / Francisco Hernández Serrano 59
- Vivir y producir: asentamientos residenciales/agrícola-ganaderos /industriales en el cambio de siglos XIX al XX. Casos de México y Argentina  
Mirta Soljet / Leticia Peña Barrera 73

## II

### La cultura fronteriza en el desierto

- La conformación de una ciudad fronteriza en el desierto
-



Lidia Guadalupe Sandoval Rivas	89
• Experiencias socioespaciales en pueblos mágicos de Sonora Ramón Leopoldo Moreno Murrieta / María Elena Robles Baldenegro	111
• La cotidianidad en la ciudad fronteriza: tácticas como detonantes de prácticas urbanas Lizette Vaneza Chávez Cano	137

### III Ciudades del desierto

• Asentamientos humanos: riesgo y vulnerabilidad desde el marco de la sustentabilidad en el diseño arquitectónico. Caso de estudio: arroyo Revolución en Ciudad Juárez Sara Morales Cárdenas / Xóchitl Alma Delia Cruz Guzmán	155
• Propuesta de indicadores de habitabilidad ambiental para clima cálido seco en la comunidad costera de Progreso de Castro, Yucatán María Milagrosa Pérez Sánchez / Carmen García Gómez	179
• Micronegocios en la vivienda de Mexicali, Baja California Jacqueline Sarao Martínez / Ramona Alicia Romero Moreno Gonzalo Bojórquez Morales / Anibal Luna-León Josué Flores Moreno / Daniel Castro Sánchez	195
• Reseña de los autores (en orden alfabético)	215

---

## Prólogo

### Las voces que claman en el desierto

ARMANDO FLORES SALAZAR

**E**L JARDÍN DE CACTÁCEAS EN MI CASA ESTÁ EN EL MISMO NIVEL DE la biblioteca, es la extensión exterior de esta y es el complemento ideal para provocar la contemplación reflexiva.

Es la parte más baja del patio; lo delimita, al fondo, un muro en talud y detrás de este, la escalera pétreo que lo comunica, medio nivel arriba, con el patio propiamente dicho y las partes inconfundibles que lo hacen ser lo que es: terraza, muebles de intemperie, asador de carnes, plantas de ornato en parterres y macetas, arbustos y árboles frutales, sin faltar entre ellos —por tradición sefardí— el granado, el limonero, la higuera y la reseda egipcia para perfumarlo de noche. En ese pequeño reino que evoca al desierto conviven agaves, yucas, cactáceas, suculentas, *euphorbias*, liliáceas, *opuntias*, áloes y caprichosas *crístatas*, desordenando su geometría de origen, entre otras. Es, cómo negarlo, la sostenible evidencia del aprecio y enamoramiento al paisaje semiárido que abunda en la mitad de la región y del país.

Pero ¿cómo surge este amor a la cultura del desierto si nací y me crié en un pueblo anclado en el regazo boscoso de la montaña, en una franja mesopotámica circundada por dos afluentes fecundadores —un río y un arroyo—, generadores de un lugar henchido y sobrado de vida, lo más cercano al paraíso? En contradicción a la geopsicología o psicogeografía que orientan el lugar, su trasfondo cultural exuda patrimonios intangibles generados en las culturas del desierto: la religión bíblica en sus dos testamentos como la primera voz cultural que clama en el desierto, el franciscanismo dominante en tradiciones y costumbres, la cultura del agua que, entre otras muchas cosas, obliga a los demás presentes a cruzar los brazos cuando alguien la bebe; el café matutino para despertar y el té vespertino para el buen dormir, el voca-

bulario cotidiano tan lleno de voces arábicas, la arraigada conservación de alimentos cárnicos, vegetales y frutales mediante el ahumado, la deshidratación, la salmuera, los vinagres, los almibares o la exposición calculada al sol o a la luna —asolear orejones de calabazas o frutas y serenar grasas animales a la luz de la luna para su incorruptibilidad—, entre otros; los nombres de panes regionales como las cemitas y los turcos, y esa palabra cotidiana en boca de todos, cargada de buena voluntad, como oración poética, ¡ojalá! Basta ella sola para decirlo todo.

Sin haber concluido la infancia y por decisión de mis padres, me fue cambiado bruscamente el escenario urbano: de la villa agrícola a la ciudad industrial y comercial, del municipio autocontenido a la divergente capital del estado. Aparecieron, entonces, ante mi asombro, las calles pavimentadas y alumbradas, el transporte colectivo, las salas de cine, los cristalinos aparadores comerciales, los músicos callejeros, los anuncios iluminados con gas neón y la violencia física entre semejantes zanjando problemas de robos, ofensas o diferencias personales mediante puñetazos, que ante la promoción y complacencia de un corro de espectadores solo era suspendida luego del suficiente baño de sangre. También apareció la nueva escuela elemental, donde, contraria a la primera, había que asistir calzado y los condiscípulos teníamos entre sí más diferencias que semejanzas. Entender ese mundo de diferencias me permitió tener conciencia de lo demás, de lo otro, de la otredad, aceptando la diversidad y aprendiendo de ella. Tal principio funcionó como constante durante mis estudios secundarios, preparatorianos y universitarios.

Mi acercamiento consciente al desierto en su modalidad de zonas semiáridas, se inicia por mis estudios de arquitectura, primero, y mi función de catedrático universitario después. Gulando a un grupo de estudiantes en servicio social exploramos la arquitectura —humana y animal— de las zonas áridas y planteamos propuestas acentuadas para su validez, tanto en su trasfondo cultural como en su inalterable dualidad climática, abrasadora de día y congelante de noche, donde la vida se da solo por adaptaciones inteligentes como guarecerse en las oquedades, las concavidades y el subsuelo. Sobrevive de esa aventura cultural una casa semiseputada en el Centro de Estudios Caprinos de la Facultad de Agronomía en el municipio de Escobedo, Nuevo León, quedando pendiente la totalmente seputada como fase final de la propuesta. Tal fue mi bautizo en el desierto y el inicio de mi fellegría fiel y permanente.

Conocía de antemano a Javier Martínez Argalz, a Fernando Garza Quirós y a Ricardo Elizondo Elizondo; también con ellos llegué al desierto y este nos heredó en cofradía y ante la más débil sugerencia peregrinamos, siempre con ojos nuevos, al encuentro de fogones, petroglifos, puntas de proyectil, pinturas rupestres, grupos fidencistas, lechuguilleros nómadas, pastores de cabras, veneros, centros ceremoniales, cambios de piel de las víboras, carapachos de tortugas, pitahayas, flores de palma, ramas de orégano, poleo y salvia; vainas de mezquite, chile del monte, y después de las lluvias, el festival grandilocuente en formas y colores de la exuberante floración de las cactáceas. Javier, con su amorosa labor pedagógica; Fernando, rescatando la tradición oral y la microhistoria regional; y Ricardo, con sus novelas y cuentos impulsando la narrativa del noreste, son también voces que llaman en el desierto.

Muchas de las peregrinaciones en el desierto culminan ante la presencia del chamán o curandero en busca de protección contra los malos espíritus propiciatorios de insidiosas enfermedades e infortunios. En la hacienda El Espinazo —ahora convertida en santuario espiritista—, jurisdicción del municipio de Mina, en Nuevo León, José Fidencio Sántora, mejor conocido como Niño Fidencio, alcanzó la cumbre de taumaturgo en 1921, año en el que llegó como trabajador de la hacienda, hasta su muerte en 1938, con una falsa promesa de resurrección. Aunque el sitio llegó a sostener a millares de población flotante, el más sobresaliente de sus enfermos fue el general Plutarco Elías Calles siendo presidente de la república, quien en febrero de 1928, acompañado en el tren presidencial por el jefe militar del 5.º Distrito Federal, del gobernador del estado de Nuevo León y del presidente municipal de Mina, hizo estancia en Espinazo para ser curado de lepra. Si religión es religar al hombre con la divinidad, el fidencismo es una religión de voz fuerte del hombre con el desierto.

Sin habernos conocido personalmente, con admiración evoco al científico francés Théodore Monod (1902-2000) y al escritor y fotógrafo inglés Bruce Chatwin (1940-1989), ambos defensores del nomadismo como la esperanzadora manera de vida digna y única forma actual de entender el humanismo antes del modelo bárbaro que ha formado la sedentarización urbana. Théodore vivió setenta y ocho de sus noventa y ocho años en el desierto del Sahara, proveyendo al museo Nacional de Historia Natural de París de su particular colección de animales, vegetales y minerales saharianos. El estudio



del desierto lo transformó en un hombre nuevo, reconoció al Dios de la vida y lo permutó por el del libro, y por ello nos confiesa:

recuerdo la lección del desierto, su dibujo, su canto de silencio, del que me gustaría estuviera empapada la llamada civilización... se parece, podríamos decir, a la tierra antes del hombre... nos da la noción de la inmensidad del tiempo, de la eternidad.

Chatwin, en cambio, se mueve en el mundo de la literatura y, particularmente, en los llamados libros de viaje. Simpatiza con el nomadismo por su homogeneidad, a diferencia del sedentarismo por su obsesiva inclinación al cambio. En su obra *The Songlines —Las trazas de la canción—* explora el desierto australiano y las costumbres de sus aborígenes indagando la hipótesis de que la territorialidad mística o sentimiento de pertenencia al lugar, se sostiene en lo intangible, a través de la práctica cultural del canto para fortalecer la memoria colectiva. La exploración inconclusa de Chatwin amplía y deja abiertas las dimensiones ocultas que resguardan las culturas del desierto. Ellos son voces internacionales del desierto.

La Revolución mexicana nació fortalecida en el norte desértico de México y su principal logro fue la Constitución Política de 1917, donde a un siglo de su guía y asistencia apenas se ha comenzado a elaborar un diagnóstico sobre la realidad que se vive en este, su escenario natal, todavía marginal.

Las zonas áridas en México rebasan el 40 % del territorio nacional y tienen presencia en casi todo Baja California, Sonora y Chihuahua, y gran parte de Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Zacatecas, San Luis Potosí, Durango, Guanajuato, Aguascalientes, Querétaro, Hidalgo, Puebla y Tlaxcala, principalmente, y en todas esas partes hay voces que se manifiestan diciéndolo.

Nuevas, viejas y permanentes voces claman en el desierto mexicano y algunas de ellas se han congregado en el libro *Patrimonio y ciudades de las culturas del desierto*, coordinadas magistralmente por Leticia Peña Barrera desde la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. En este segundo coloquio participan voces de siete universidades mexicanas, del Instituto Nacional de Antropología e Historia, de la Universidad Nacional del Litoral (Argentina) y de la Universidad de Granada, con investigadores de diferentes miradas que enriquecen temas de producción, conservación, restauración, conformación urbana, revaloración, confort, sustentabilidad y vulnerabilidad, entre otros, todos de gran valor y utilidad.

PATRIMONIO | DE LAS CULTURAS  
Y CIUDADES | DEL DESIERTO

Es en el desierto donde el horizonte es reverberante e inalcanzable y también donde se pueden ver mejor el suelo, el cielo y las estrellas. Considero un privilegio juntar mi voz a las de este coloquio, porque, con ello, le damos continuidad y permanencia a las voces que claman en el desierto.

Armando Flores Salazar  
Cerro del Obispo, otoño de 2017  
Monterrey, NL, México

PATRIMONIO | DE LAS CULTURAS  
Y CIUDADES | DEL DESIERTO



## La cotidianidad en la ciudad fronteriza: tácticas como detonantes de prácticas urbanas

LIZETTE VANEZA CHÁVEZ CANO

### Resumen

**L**AS ACCIONES DE LA VIDA DIARIA NOS LLEVAN A DISTINTOS LUGARES, a relacionarnos con diferentes personas, a consumir diversos productos. Al retomar a Michel de Certeau (2000), podemos decir que hablar, caminar, comer, comprar son tácticas que nos hacen formar parte de un juego en el que hay un cazador y un cazado. Cada individuo elige la forma en la que quiere participar en el tejido urbano en el que converge con miles de personas y, aparentemente, sin percibirlo se verá obligado a representar un papel. ¿De qué depende ese rol?, ¿es algo tan abstracto como la relación espacio-tiempo?

En la ciudad fronteriza, y particularmente en Ciudad Juárez, hay un sin fin de elementos que moldean las prácticas urbanas. Aunque para muchos puedan pasar inadvertidos, son de suma importancia porque determinan la manera en la que interactuamos unos con otros. Tan importantes pueden llegar a ser estos detonantes que en algún momento una táctica como beber fue motivo de disputa. Solo por citar un ejemplo, históricamente en la prohibición del alcohol la bebida jugó un papel importante para la dinámica internacional: mientras en Estados Unidos se prohibían las bebidas embriagantes, en la frontera —del lado mexicano— se aprovechaba esta condición. Así, pues, aunque beber es una necesidad del organismo para poder sobrevivir, esta táctica fue generadora de enriquecedoras prácticas urbanas.